

www.elboomeran.com

Josep Maria Cuenca

Mientras llega la felicidad

Una biografía de Juan Marsé



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: foto © Jordi Socias

Primera edición: febrero 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Josep Maria Cuenca, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-0797-4

Depósito Legal: B. 311-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

PRÓLOGO

Conocí a Juan Marsé una mañana gris del mes de enero de 1993, cuando el narrador barcelonés se encontraba realizando las últimas correcciones de su novela *El embrujo de Shanghai*. Por aquel entonces me dedicaba con cierta asiduidad a entrevistar a escritores para una pequeña revista llamada *L'Esborrany*, en la cual, desde mediados de los años ochenta, fui publicando mis primeros escritos. Aquella mañana entrevisté a Marsé en su domicilio, que en aquel momento se hallaba en la calle Sicilia. Para mí se trataba de una entrevista particularmente atractiva. Desde que al salir de la adolescencia leí *Últimas tardes con Teresa*, Marsé se había convertido en uno de mis escritores preferidos y lo seguiría siendo hasta hoy.

No volví a hablar con él hasta pasados más de diez años. Durante el primer lustro del presente siglo me dediqué sobre todo a la realización de trabajos biográficos y, en ese tiempo, adquirí la ilusión de poseer suficiente oficio como para plantearme algún proyecto más ambicioso que los llevados a cabo hasta entonces. Sería demasiado recreativo racionalizar el proceso mental que me condujo a la idea de escribir este libro, pero un par de cosas sí las tuve muy claras desde el primer momento en que dicha idea me empezó a bailar por la cabeza de un modo consciente. Por un lado me parecía un extraño y grato privilegio poder escribir la biografía de uno de mis escritores predilectos estando él, además, todavía en este mundo; y, por otro lado, consideraba un absoluto escándalo cultural que un narrador de la talla de Marsé no contara con una biografía que tratase su vida y su obra con cierta profundidad. Así las cosas, en diciembre del año 2006 llamé por teléfono al autor de *Rabos de lagartija* y le dije, poco más o menos, lo que ahora he expuesto. Su respuesta fue extraordinariamente amable: en ningún momento me dijo que no, pero me pidió un tiempo para responderme porque se encontraba en una situación personal atareada. Poco menos de un año des-

pués me dijo que no veía problema alguno en que me metiera en el berenjenal en cuestión, sin dejar de advertirme que su vida carecía del más mínimo interés. Yo lo puse en duda entonces, y hoy lo sigo manteniendo con muchos más argumentos.

Durante el tiempo que Marsé se tomó para responderme fui a ver a Jorge Herralde para saber si le interesaría editar mi posible biografía del novelista barcelonés. No se trataba de una decisión caprichosa por mi parte; a lo largo de la década de los noventa había trabajado asiduamente como lector para Anagrama y, desde entonces, mi relación con Herralde era cordial y fluida. El editor me respondió que, en caso de conseguir yo el sí de Marsé, editaría mi libro. Hasta aquí la historia de los orígenes de esta biografía en la que empecé a trabajar en el mes de mayo de 2008 y he concluido seis años más tarde.

Debo apresurarme a aclarar que, en mi opinión, ninguna biografía puede afirmar quién es el individuo retratado. O, mejor dicho, me parece absurdo –por inalcanzable– que un biógrafo se proponga ofrecer una respuesta acerca de quién es la persona cuya vida ha decidido contar. Semejante pretensión ya fue rotundamente desautorizada por Vladimir Nabokov en su novela *La verdadera vida de Sebastian Knight*,¹ inmejorable tratado epistemológico para cualquier biógrafo que quiera respetar a su víctima, a sus lectores y a sí mismo. Mi intención al escribir este libro ha sido ofrecer un relato cronológicamente completo de la vida y la obra de Juan Marsé, es decir, contar en términos generales lo vivido y lo escrito por el hombre y el novelista teniendo en cuenta, obviamente, sus circunstancias personales y el contexto social de cada momento abordado. En lugar de responder a la pregunta: «¿Quién es Juan Marsé?», he intentado responder otra mucho menos insensata: «¿Qué ha hecho Juan Marsé?»

En cuanto a lo que yo he hecho, he basado mi trabajo en dos fuentes informativas, fundamentalmente. Por una parte, en entrevistas al propio Marsé, a sus familiares y amigos y a muchas otras personas que tuvieron algo que ver en muchos de los episodios de que hablo; y, por otra parte, en la copiosa documentación escrita de cuya existencia he llegado a tener constancia: libros; textos de hemeroteca (artículos académicos o periodísticos, entrevistas, reportajes, noticias...); documentos oficiales e institucionales conservados en archivos públicos, parroquias y ayuntamientos diversos; numerosos y variados materiales de la agencia literaria de Carmen Balcells... Mención aparte merece, desde luego, la ingente cantidad de papeles (correspondencia, manuscritos, diarios personales, cuadernos de notas...) que Marsé conserva y que he podido consultar con la fortuna de haber dado a menudo con resultados sucu-

lentos. Por último, aunque por supuesto no he renunciado a la documentación audiovisual existente, por desgracia su cuantía es demasiado escasa. Lo cual no debe extrañar a nadie dada la aversión de Marsé a ponerse delante de una cámara, sobre todo si es televisiva.

Tengo la moderada esperanza de haber logrado con este libro *aclarar* en cierta medida algunos episodios de la vida de Juan Marsé que han permanecido durante años en un ámbito dominado por ciertas modalidades de la confusión, la contradicción o la opacidad. A ello ha contribuido en algunas ocasiones el propio Marsé, y no por ninguna suerte de gesto calculado, sino por pura y simple despreocupación. El autor de *Si te dicen que caí* ha fundamentado una buena parte de su obra en la rememoración general de un tiempo y un espacio habitados en carne propia, y, sin embargo, a lo largo de su vida casi siempre ha manifestado un notable desinterés acerca de los detalles de su vida familiar, es decir, acerca de su memoria privada. Esta circunstancia resulta aún más enigmática cuando se constata el carácter hábil, distanciado e intensamente autobiográfico de su obra narrativa. Carácter que a veces se ha considerado episódico y que, a mi parecer, es de un modo u otro persistente.

Por último, cuatro cuestiones de orden técnico, por así decirlo. 1) Los numerosos escritos de naturaleza diversa que cito a lo largo de este libro los he reproducido con su tipografía original corregida; 2) cuando cito algún texto u obra escritos en lengua catalana, me he limitado a traducirlos al español sin incluir en una nota o de alguna otra manera la versión original. Por supuesto, sí ofrezco su referencia bibliográfica completa; 3) en materia de toponimia catalana he procedido siguiendo un criterio lingüísticamente híbrido manteniendo siempre la primera forma empleada, pero decantándome la mayoría de las veces por la forma española por ser ésta no la única pero sí la más frecuentemente utilizada por Marsé en su obra, y 4) concluyo mi relato en el año 2011, en el momento de la publicación de la última novela larga, hasta ahora, de Juan Marsé: *Caligrafía de los sueños*; sin embargo, en la Bibliografía he incluido algunos documentos de los que he tenido noticia hasta el momento de entregar el manuscrito al editor.

1. UNO Y OTRO AL MISMO TIEMPO

Hay quien muere por encima de sus posibilidades –como es sabido, Oscar Wilde lo dijo de sí mismo– y hay también quien, en las antípodas del fin de una vida, nace por encima de sus posibilidades. Este último bien podría ser, dicho sea con la debida ironía, el caso de Juan Marsé. No en vano él mismo se sorprendió al conocer, no hace demasiado tiempo, el lugar exacto en que había nacido. Algunos detalles permiten precisar claramente las cosas.

Juan Marsé vino al mundo a las once de la noche del día 9 de enero de 1933 en el número 7 de la calle Mañé i Flaquer de Barcelona;¹ una casa del barrio de Sarríà grande y burguesa, con frondoso jardín trasero y cuya puerta principal se encuentra en la plaza de Sant Vicenç de Sarríà. En su partida natal, conservada en el Registro Civil de Barcelona, se indica que en el momento de su nacimiento su padre, Domingo Faneca Santacreu, tenía treinta y tres años; los mismos que en dicho documento se atribuyen erróneamente a su madre, Rosa Roca Arans. Los tres nombres del recién llegado fueron, por este orden, Juan, Domingo y Antonio. Demasiada casa y demasiados nombres para un niño de familia desheredada, habría podido pensar el propio Marsé de haber sido consciente de todo ello. Porque si bien sus padres vivían dentro del recinto de una casa confortable y lujosa de un barrio alto de la capital catalana, el hecho era que Domingo y Rosa formaban parte del servicio de la familia propietaria de la vivienda y que habitaban en la parte trasera de la misma, en una pequeña edificación situada en el jardín y en la cual probablemente nació Marsé. Domingo era el chófer y Rosa realizaba tareas domésticas, a pesar de que la mencionada partida de nacimiento indique que el primero era jornalero y adjudique a la segunda una arbitraria etiqueta: «Sin profesión.» Dicho todo lo cual puede entenderse hasta qué punto resulta irónico afirmar que el pequeño Marsé nació por encima de sus posibilidades.

Rosa Roca Arans y Domingo Faneca Santacreu habían contraído matrimonio el 19 de diciembre de 1926 en la iglesia de Sant Vicenç de Sarrià y ese mismo día inscribieron su unión en el Registro Civil del Distrito del barrio. La pareja estrenó muy pronto paternidad, puesto que el día 16 de octubre de 1927 nació Carmen. Y lo hizo en el domicilio que sus padres y ella ocuparon antes de su traslado a Mañé i Flaquer, situado en el primer piso del número 2 de la calle Arquitecte Mas, la cual es hoy un diminuto callejón sin salida que nadie llevado hasta allí con los ojos vendados ubicaría en la muy moderna y turística ciudad de Barcelona. La vinculación a Sarrià de Rosa y Domingo se debió siempre a motivos estrictamente laborales.

El nacimiento del futuro Juan Marsé y de momento Joan Faneca Roca, la noche del 9 de enero de 1933, presentó serias complicaciones. Su madre sufrió durante el parto dificultades que no logró superar y acabó muriendo a las tres de la tarde del día 1 de febrero en la casa de Mañé i Flaquer. La documentación del Registro Civil referida a su defunción indica como causa de la muerte una protocolaria «miocarditis». La mayoría de los testimonios familiares, sin embargo, hablan de otras causas pero sin coincidir al respecto. La documentación del Registro Civil consigna, por otra parte, que la fallecida «no otorgó testamento», lo cual resulta en este caso algo así como una involuntaria humorada negra.

La vida de Rosa Roca Arans estuvo marcada por la brevedad y el infortunio. Había nacido en la localidad tarraconense de Calafell el 7 de octubre de 1898, en la casa paterna situada en la calle Mar. Su padre se llamaba Isidre Roca Virgili y era labrador, y su madre, Carme Arans Mené, a la cual la gélida documentación administrativa también asigna la condición que en su día, como se ha visto, adjudicó a su hija: «Sin profesión.» Isidre y Carme eran naturales de Calafell y, después de Rosa, tuvieron un hijo, Joan, nacido el 7 de marzo de 1902, también en Calafell. Cuando Rosa no había cumplido aún los diez años, su padre se marchó de la casa familiar con unos compañeros del pueblo, atravesó supuestamente el océano Atlántico en busca de fortuna y nunca más se supo de él. Carme Arans se quedó sola con el único apoyo de su madre, lo cual no evitó que Joan fuese internado hacia los siete años en un hospicio y Rosa enviada a Barcelona a servir, lo que haría sin descanso hasta su prematura muerte. Fue enterrada en el cementerio de Les Corts en un nicho de alquiler² al día siguiente de su muerte, es decir, el 2 de febrero de 1933. En enero de 1936, sus restos fueron extraídos del nicho en que se hallaban y ubicados en una fosa común. En la actualidad, la empresa Cementiris de Barcelona no conserva ningún documento sobre la razón por la que Rosa fue sacada de su nicho. La explicación del súbi-

to desalojo la expone Rosa Roca Balasch, una de las dos hijas de Joan Roca Arans: «Mi padre nos explicó que Mingo Faneca le había pedido dinero para pagar la tumba de Rosa y mi padre se lo dio. Al cabo de un tiempo mi padre fue al cementerio a visitar la tumba de su hermana y no supo dónde estaba enterrada.» Domingo Faneca había dejado de pagar el alquiler de la tumba de su esposa.

Domingo Faneca Santacreu nació en Barcelona el 1 de marzo de 1900, en el espacioso piso de alquiler en que sus padres vivían, en la planta primera del número 252 de la calle Provenza. Los padres de Domingo –que muy pronto y para siempre será llamado Mingo o *Minguet* por quienes lo tratarán de forma asidua– habían nacido en dos pueblos distintos de la provincia de Lleida: él en Vilanova de Meià y ella en Vilanova de la Sal. Se llamaban Josep Faneca Sala y Rosa Santacreu Sala y eran primos hermanos. Al igual que el evaporado Isidre Roca, el matrimonio Faneca Santacreu también quiso probar fortuna en tierras americanas. Poco después de su boda, junto a tres parientes más que ya no regresarían a España, se instalaron en Argentina y, en un pueblo cercano a la ciudad de Córdoba, abrieron una casa de comidas cuya clientela casi exclusiva eran los trabajadores de una explotación minera local.

En territorio argentino, en el año 1885, nació el primero de los tres hijos que Josep Faneca y Rosa Santacreu trajeron al mundo. Fue una niña y se llamó Conxita. Los otros dos vástagos nacieron en el piso ya mencionado de la calle Provenza, en Barcelona, adonde la familia había decidido regresar según parece por el insistente deseo de Rosa: en 1895 nació Maria y en 1900, como ya se ha visto, Domingo, o sea, Mingo o *Minguet*.

Gracias a la peripecia argentina, la familia Faneca Santacreu se había reinstalado en Cataluña gozando de una posición económica bastante desahogada, lo cual permitió a Josep, el patriarca, llevar una vida zanganeril y dispendiosa hasta su muerte en 1927. Desde su regreso de Argentina las únicas ocupaciones que se le recuerdan tienen que ver con cacerías, reuniones festivas de amigos y estancias más o menos ostentosas en su pueblo natal. Devoró de tal modo el patrimonio familiar que, inmediatamente después de su muerte, sus dos hijas tuvieron que ponerse a trabajar para que la caída en la escala social de sus descendientes no fuese catastrófica. Según diversos testimonios familiares, el Mingo ya joven y en edad de asumir responsabilidades se parecía inquietantemente a su padre en cuanto a la propensión a pasarlo bien y a no dar golpe.

Por tanto, los cabezas de familia emparentados con el pequeño Joan Faneca Roca no se caracterizaron precisamente por su sentido de la responsabilidad, por su espíritu de sacrificio o por su precaución ante el futuro: Isidre Roca practicó el escapismo conyugal y abandonó sin com-

plejos a su mujer y a sus dos hijos pequeños, mientras que Josep Faneca se tomó muy en serio la experimentación más desenfadada y frívola del *carpe diem*. En cuanto a Mingo, en el momento de su boda prometía mucho como émulo de su padre y de su suegro y, como se verá, no defraudaría a nadie. A lo que hay que añadir que todavía no ha irrumpido en el relato un último hombre, tal vez el representante más depurado de esta veleidosa tendencia de conducta masculina.

Conxita, la hermana mayor de Mingo, se casó en Barcelona con Ramon Gaya Fàbregas y tuvo dos hijos: Rosa y Josep Maria, que nació en 1924. Rosa Gaya Faneca nació el 22 de octubre de 1918 en el piso familiar de la calle Provenza, y en su excelente memoria que se extinguió el 23 de noviembre de 2010, conservaba recuerdos muy precisos de Mingo, a quien ella y el resto de la familia llamaban *tio Minguet*. Así lo describía: «Fue siempre un niño mimado, consentido. En casa nadie sabía muy bien a qué se dedicaba, pero a comer y a cenar venía siempre. Estaba metido en política, era de Estat Català y un declarado independentista. Era un hombre que tenía fachenda y la cabeza a pájaros. Vivía la vida.»

Cuando Mingo y Rosa Roca Arans dieron a conocer su noviazgo, Rosa Gaya Faneca vio por primera vez a su futura y fugaz tía política en la fiesta mayor de Vilanova de Meià, a mediados de los años veinte del siglo pasado, y recuerda que «me trajo de regalo un pequeño joyero dorado que tenía el interior de terciopelo rojo. Lo conservé durante muchos años. A ella la recuerdo muy guapa y morenita». Después de que Mingo y Rosa se casaran, Rosa Gaya Faneca acompañó alguna vez a su madre a visitar a sus tíos a la casa de Mañé i Flaquer en la que trabajaban y vivían. «Mis tíos», evocaba, «vivían en una casita independiente que estaba en el jardín, no dentro de la casa. Recuerdo que en el sótano había unos lavaderos grandes.» Por su parte, Carmen Faneca Roca conserva muy pocos recuerdos de Mañé i Flaquer. Uno de ellos se refiere a su padre: «Mingo tenía que llevar una gorra como chófer de la casa, pero no le gustaba llevarla. Por eso, a la mínima ocasión que tenía, se la quitaba.» Pero la imagen más imborrable es la de su madre en la cama desde el nacimiento del pequeño Joan. No la verá muchos días en esas circunstancias y tampoco llegará a verla cuando muera, pues los mayores se lo evitarán.

Tras la muerte de Rosa Roca Arans y de manera inmediata, Mingo Faneca decide entregar su hija Carmen a su cuñado y a la madre de éste, Joan Roca Arans y Carme Arans, mientras que él y el recién nacido Joan abandonan para siempre la casa de Mañé i Flaquer y se instalan de forma provisional en el domicilio de la familia Gaya Faneca, en aquel momento situado en la planta tercera, puerta segunda, del número 22 de la

calle Congost, en el barrio barcelonés de Gracia. Después de la muerte del patriarca Josep en 1927, los Faneca Santacreu acabaron viéndose obligados a dejar el piso de la calle Provenza e iniciar una peregrinación domiciliaria y laboral que primero les llevó a Esplugues de Llobregat, en donde las hermanas de Mingo Faneca regentaron un doble negocio de carnicería y colmado que nunca llegó a ir bien, y después a Gracia. Una vez aquí, los Gaya Faneca se instalaron temporalmente en un piso de la calle Martí cercano a la plaza del Norte, y a continuación, alquilaron una vivienda en la calle Joan Blanques. No mucho después, y en todo caso antes de 1933, se trasladaron al piso ya mencionado de la calle Congost.

Tras mover algunos trastos en el piso de Congost, Mingo y su hijo Joan ocuparon una pequeña habitación en la cual las mujeres de la casa solían coser. Mingo instaló en ella una pequeña cama para su hijo. De aquellos días Rosa Gaya Faneca recuerda que «yo trabajaba y era muy joven, quiero decir que aunque Joan llamaba la atención yo tenía la cabeza en otras cosas. Era mi madre quien le daba siempre el biberón». El recién nacido Joan estuvo en aquella vivienda, según Rosa Gaya Faneca, «sólo unos diez días, aproximadamente, y con toda seguridad no más de dos semanas», jornadas durante las cuales ella no presenció ni escuchó una sola conversación acerca del destino inmediato que le aguardaba a su pequeño primo hermano. Transcurrido ese brevísimo período de tiempo, un matrimonio al que únicamente conocía Mingo (ningún otro miembro de la familia Faneca Santacreu lo había visto antes) se presentó en el piso de Congost para que le fuera entregada la criatura, según había acordado con Mingo. La única explicación sobre el asunto que Rosa Gaya Faneca recibió fue que el niño estaría mejor con aquella desconocida pareja y, además, podría ser amamantado por la mujer de la misma, dado que, según se dijo, acababa de perder a un hijo recién nacido y por tanto aún estaba en condiciones físicas de servir de ama de cría al pequeño Joan.

Al abandonar el piso de Congost en los brazos de aquel matrimonio, Joan Faneca Roca dejaba atrás y para siempre cualquier relación con su padre biológico. Mingo siguió durmiendo en la habitación de coser durante unos dos meses después de la marcha de su hijo. Rosa Gaya Faneca recuerda que «no trabajaba y entraba y salía de la casa sin dar explicaciones». Hasta que un buen día se fue y, tras un tiempo sin dar señales de vida, hizo saber a su familia que se había casado con una mujer llamada Paquita, madre de una hija, Mercè, de un matrimonio anterior.

La pareja que se llevó consigo a Joan Faneca Roca la formaban Pep Marsé Palau y Alberta Carbó Borrell. Ambos habían nacido en la co-